

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 12 de Junio de 1930

Núm. 374

DELINCUENCIA INFANTIL

POR EL P. DELGADO CAPEANS

«La familia, la escuela y la sociedad constituyen los tres elementos que integran la obra educativa del menor», escribió el insigne Pestalozzi.

Estudiemos cada uno de estos valores.

¡La familia! ¡Ah, qué consoladores recuerdos, qué dulces añoranzas evoca en nosotros, en medio de las borrascas de la existencia este venerando nombre!

Mucho se ha escrito sobre lo que es y lo que debería ser la familia, a fin de que su intensa función religioso-social sea fecunda al individuo y a la sociedad. *Principium urbis, et quasi seminarium republicæ*, es el principio de la sociedad, la semilla de la república, como la llamó el orador romano. Es la célula y la vía del organismo social.

La profunda crisis de la familia moderna preocupa hondamente al Estado, a la Religión y a la sociedad, porque el mal de la familia—escribe I. Gomá—es el mal de la sociedad; la muerte de la familia es la muerte de la sociedad: como el mal y la muerte de las células vivas del cuerpo humano es la enfermedad y la muerte del mismo cuerpo.

La familia es el sagrado yunque donde se forja—como diría Moitaine—el espíritu de la raza y se temple el alma de los pueblos; el cofre de oro donde se guardan las venerandas tradiciones; el maravilloso troquel en que se acuñan, como en fecunda resurrección, el cuerpo y el alma de los hijos, que determinan una raza y una civilización; inagotable fuente de positiva prosperidad y de eficaz progreso de la ciudad y de la patria.

Por eso, a los «sin familia» los calificamos también los «sin patria»; y son, por consiguiente, elementos de desorden y de destrucción, que los pueblos expulsan de sí como indeseables, como perjudiciales a la vida social.

Desorganización de la familia.—Las conquistas de la democracia moderna han sido un importante factor de la desorganización de la familia. Las relaciones entre padres e hijos son cada día más de igual a igual. Una fría y glacial indiferencia hacia la obra educativa es lo que se observa en esta labor educacional. Los miembros que la integran no llegan a comprenderse, lo que es un gran obstáculo para el aprovechamiento común de las facultades y fuerzas coordinadas al desarrollo del noble fin educativo. Y este fenómeno que se observa en la clase obrera y media se observa también en la elevada y aristocrática.

Las vacaciones que debieran servir para estrechar más y más los lazos de familia, para la comprensión de la función social y para intensificar la labor educacional, no sirven más que para disgregarla, como acertadamente escribe Sidney: «Veo a los niños hacer construcciones de arena y lanzar al viento sus cometas, a los jóvenes jugar al «tennis» o al «golf», a los padres leer y bor-

dar; jamás ha cesado de deplorar esa categorización de edades, en circunstancias precisamente en que se sacaría tanto provecho y causaría tanto encanto verlos confundidos compartiendo sus ocios y sus impresiones.»

Desnaturalizada así su función religioso-social, su influjo y la comprensión de sus deberes; observando el niño los malos ejemplos de irreligión y de inmoralidad, cuando no la excitación a la mendicidad y al delito, es natural que se desarrolle la criminalidad infantil, pues tales ejemplos constituyen una verdadera «crimincultura familiar», que diría Paul Garnier.

Si a esto agregamos las familias que viven en el vicio y del vicio, la indigencia, las uniones ilegítimas, las doctrinas disolventes, entonces el cuadro que representan esas familias es el triste, demolidor, desgarrante, que arrancó sus más emocionantes páginas a los sociólogos y economistas.

(De «Mujeres Españolas».)



Tailleur en lanita a cuadros negros y blancos, con capa más larga atrás y falda con canesú abrochado adelante. Blusa de crepe blanco con cuello de puntilla.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Mayo de 1930.

Para el buen tiempo

La moda nos prepara desde ya para los días radiosos del verano. Empezan a verse vestidos ligeros y hasta blusas camisas sin mangas, algunas llevando vistosas corbatas masculinas.

Como complemento de estas toilettes, para la ciudad, está muy indicado el uso de chaquetillas, «veste» que dicen en francés y que más bien que chaqueta es un ligero abrigo sueto, con sus respectivas mangas.

En algunos modelos, la veste prolonga su cuello natural con una corbata que le prolonga, del mismo género y que al ser anudada constituye el único cierre de la prenda.

Muy amenudo, esta veste de apariencia ligera se halla forrada de terciopelo negro, que contribuye a su mayor belleza rindiéndola más útil.

Las capitas, que también se usan con igual objeto, a pesar de la ligereza del género en que se confeccionan y de ser caladas, pueden no ofrecer transparencia; para esto se las forra con georgette liso, lo cual ofrece la ventaja de convertirlas en una prenda utilizable por ambos lados.

Otras creaciones indicadas para el deporte asumen la forma de paletorcitos de lana ligera o de crepe de China bordado y que se asemejan a amplios chalecos sin botonadura.

También para el deporte y los paseos campestres y como complemento de los vestidos ligeros son muy aconsejables por elegantes y prácticas al mismo tiempo, las graciosas capitas a que hacemos referencias. Estas capitas o pelerinas postizas, substituyen el abrigo y las pieles, en previsión del cambio de tiempo.

Para el paseo y excursiones campestres son muy indicadas las vistosas muselinas impresas, con grandes motivos floreados.

A defecto de capa, jaquette o chaquetilla complementarias, las mangas llegan en algunos modelos hasta el codo y llevan como guarnición un ancho puño de zorro negro o muy obscuro.

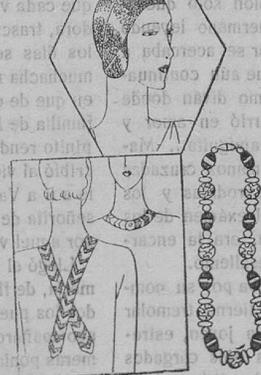
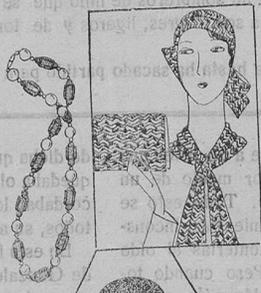
Entre los tejidos que más privan y más se ven en las últimas colecciones, tenemos especialmente en vestidos de sport, el flamenga, que hace muy bien en el tono beige, con lunares o motas «pata de gallo», el shantung, el tweed, los linones y multitud de crepes.

Hemos tomado nota de un lindo modelo deportivo de flamenga beige, con lunares marrón, bolero recortado y blusa de crepe beige con pliegues; el cinturón de cuero marrón.

También nos ha impresionado muy agradablemente un sobrio y elegantísimo vestido en tweed marrón chiné beige, adornado con una pelerina, canesús y puños, en piqué blanco.

Otro, también de sport: en Shantung blanco, con paletorcito de tela impresa amarilla y azul marino, o bien, el vestido en shantung, rojo o verde, impreso, veste de color liso, gris pálido con forro del mismo shantung impreso.

Para las jovencitas y señoritas, es muy indicado el tul blanco, en el cual anotamos un vestido algo estilizado, bordado con una guirnalda de flores de tonos muy vivos (amapolas o margaritas), detalle que se repite en un ramito, en el hombro.



Sombrero, cartera y echarpe haciendo juego, en tweed azul gris con motas amarillas.
Collar de piedras y escama roja, y perlas finas.
Gorro para la noche, en tul pailleté.
Corbata adornando el descote, en cuero beige y paño rojo.
Chcker en cristal blanco y escama de colores.

Entre los colores, hace felices esfuerzos por imponerse el gris, que es siempre un color elegante y que admite infinidad de combinaciones, como la ruleta y los políticos. Un color que se advierte en algunos vestidos es el verde billar; de bastante efecto.

En lo que respecta a los vestidos de noche, el color que predomina es siempre el negro. Se combina con leves notas amarillas o rosas, colores que tan bien se prestan a alegrar los tonos sombríos. Igualmente, el azul obscuro, en satín, triunfa en modelos suntuosos para la noche.

En cuanto a la forma, la cintura, marcada. Los efectos de blusa, persisten. Las caderas, ajustadas.

Se ven algunos adornos, muy sobrios, de avatorios: franjas de perlas para las mangas y el cuello, discretos toques de strass, en dibujos aislados o bien en franjas.

JACQUELINE



Vestido de sarga marino, adornado con un bolero y una doble manga, más ancha en el codo, blusa de georgette azul claro.

PASCHALIA

Estaba la Virgen en el huerto, por la tarde, cuando anochece. Todavía no se había levantado la luna creciente, pero ya en el cielo verde brillaban dos hermosos luceros de plata. Un soplo de brisa perfumada de azahares, pasando por otros huertos, venía desde el lago. Con sólo subir a la azotea blanca, por esa misma escalerilla orlada de petunias que arrancan de junto a la parrá podría Nuestra Señora contemplar las aguas tranquilas bajo el crepúsculo, las barcas que van volviendo sin prisas en un blando rumor de remos y también, hacia la colina de Ayn Tabigah, los camellos que vienen por el ancho camino de Damasco, balanceando sus altas cabezas tristes. Pronto las sombras lo borrarían todo dulcemente y entonces sólo se escucharían los alegres cantares de los pescadores como emergiendo de la letana oscuridad.

Pero, ¿qué subir a la azotea? ¿Se estaba también en la frondosa soledad del huerto, sin más testigos que los floridos rosales! Cerraba los ojos Nuestra Señora, aquellos ojos que las lágrimas estuvieron a punto de cegar, y en toda su alma no había más que un solo pensamiento: El, El, llenándolo todo como ese sol de los mediodías ardientes que parece difundirse todo el cielo en una llamarada. El, resucitado. El, triunfador del pecado, de la muerte y del infierno, hermoso con su negra cabellera al viento y su frente re-

plandeiente y sus llagas abiertas y su corazón rasgado.

Poco a poco la Virgen hundía la frente en el pecho y así se estaba largo rato con las manos cruzadas sobre el halo.

Un ángel viene hacia Ella. Acaba de entrar por el pórtico rojo que está cerca del palomar. ¿No será Jesús? Ahora, desde que resucitó, apenas pasa día que no visite a su divina Madre y la colme del júbilo de su presencia. Se le aparece de las más diversas maneras. Unas veces siente su voz al otro lado de la cancela y el corazón y las sienes le laten apresuradamente como avisándole: «Ya está ahí Jesús». Otras veces, de súbito, lo ve sentado a su vera, como en la adolescencia lejana, cuando vivían ignorados, sin odios, en Nazareth. Y siente en sus manos el contacto de aquellas divinas palmas llagadas... o silenciosamente El ha reclinado la cabeza en el regazo materno y deja que sus ojos se fundan en los ojos de Ella.

No es El, no. No es su túnica, esa rica veste de plata que arrastra cabrilleando sobre el hierbín entre un resplandor de alas. Es el arcángel Gabriel. Después de treinta y tres años, lo ha reconocido como en aquella divina alborada. Y él también, lo mismo que entonces se ha arrodillado con su lirio blanco. El arcángel Gabriel no acierta a decir otras palabras.

—Ave, llena de gracia. Pero para el corazón de la Madre de Dios, ¡qué significado tan dichoso y nuevo, tan claro, tan pleno y reciente! Ave, llena de gracia con la plenitud que se te debe como a Madre de Dios y Corredentora de los hombres y Medianera de todas las gracias.

—El Señor es contigo. Contigo está para siempre, triunfador de la muerte y del pecado, de tal manera que ni El se apartará de Tí, como cuando se te perdió en el Templo, ni nadie te lo podrá ya arrebatarte.

Tú, la única mujer a quien ha sido dado quebrantar la cabeza de la serpiente. Tú, que con tu agonía al pié de la cruz alcanzastes ser la Madre de todos los hombres.

Y así, mientras el ángel le dice las antiguas palabras, las mismas de aquella remota mañanita de Nazareth, su propio corazón les va desenvolviendo su sentido entrañable.

No responde nada la Virgen María. ¿Qué ha de responder si ya todo está consumado y la justicia de Dios aplacada y el orden restablecido?

Se va el Arcángel silenciosamente por la pradera. Luego se pierde como una estrella más en las alturas. Y la Virgen se queda pensando como en aquellas celestes palabras del Ave María se encerraba todo el ciclo de la Redención.

Ya nada ciertamente tiene que añadir de su parte. Sólo cruzar las manos sobre el regazo e inclinar la cabeza.

Miles de voces llegan entonces de todos los lugares, no sólo de la parte del lago y del Hermon y de toda la Galilea sino de más lejos, de los caminos que están al otro lado del mar. Son la réplica de la salutación del arcángel. O mejor dicho, es la misma oración prolongada por almas doloridas y menesterosas que ahora se desatan anhelantes de esperanza, henchidas de un gozo nuevo por la nueva Madre que viene a llenar su orfandad.

—¡Santa María, Madre de Dios...! ¿Qué dicen? ¿Qué dicen estas voces que llenan la sombra como una música ardiente? La Virgen tiene inclinada la cabeza y es toda oídos y

anhelo, también lo mismo que una madre que creyera percibir en la oscuridad la llamada lejana de sus hijos.

—¡Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...!

En esto aparece San Juan entre los cipreses que casi tapan la cancela. Todavía deja su túnica un rastro de brisa marina. Está hermoso. Viene de pescar. Se acerca a la señora poco a poco, indeciso. Quiere decir que ya es de noche, que ya tal vez aguarda la cena en el aposento alto, sobre el mantel del lino casero junto a la ventana, bajo la lámpara. Sus labios tiemblan de amor.

—¡Madre!...

JENARO XAVIER CALLEJOS.



Toca de fieltro beige liso, y tweed beige y marrón, haciendo juego con el tailleur.

RABANY RAFIA

Cualquiera que sea la diferencia que exista en su composición textil, se ha llegado a confeccionar muchos cosas con esos 'trenzados' tan finos que parecen seda.

El bordado y la pintura les dan un sello original y una apariencia artística que no cabe negar. En primer término hay que citar los bolsos amplios con cierre como los de viaje. Si son pintados o bordados la suprema elegancia consiste en armonizar los colores con el vestido de la que ha de llevar el bolso.

Algunos tienen cierres de concha o de galaliti. Después vienen los bolsillos de mano destinados a sustituir a los de invierno. El interior es de seda de colores delicados; las bolsitas están bien divididas y con una lengüeta para cierre; el bordado o la pintura que las embellecen las convierten en una miniatura.

Las carteras, tarjeteros, bolsitas de coquetería, cubrelibros, estuches para el espejo y para todas las indispensables inutilidades que acompañan siempre a la mujer más bonita, son millonarias, que resultan todavía más lindas en los productos indicados.

La serie de sombreros de niño que se hacen con esa paja son alegres, ligeros y de tonos deliciosos.

La moda hasta ha sacado partido para delan-

tales de casa, que gustan mucho a las mamás y a las pollitas.

Las sombrillas de rafia son exquisitas con sus flores bordadas o de seda lisa. Son, por lo general, de forma plana, con ballota de rafia en el extremo del puño.

Los pequeños tapices, los caminos de mesa y hasta los manteles de rabán fino y lavable rayados en colores, son de un gran recurso en las instalaciones pasajeras de verano en el campo.

Hay calzado muy bonito de rabán y rafia con pinturas de fantasía y orlados de color vivo.

RIMA

Ya se cubren de nieve, poco a poco, los montes y las selvas, ya una sábana blanca lentamente va cubriendo la tierra, como fino sudario en que se envuelve el cuerpo de una muerta, ya nos despiertan con sus besos fríos los aires de la sierra. No siento, ni me espantan, las canciones del invierno que empieza, ni dominan mi cuerpo sus crueldades, ni su regir me hiela, que dentro de mi pecho, en lo más hondo, a donde nunca llegan ojos amantes, ni consuelo humano, mayor invierno reina. Allí de tu desdén las blancas nieves mi corazón rodean, mi pobre corazón que se amortaja en manto de tristeza, ¡invierno que contagia nuestras almas! ¡invierno que no tiene primavera!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

La jardinería en macetas

Flores de siembra en septiembre-octubre

Entre las plantas que se cultivan en estufa o invernadero, y las cuales que se siembran por acodo o semilla, citaremos: la «azalea», «camelia», «gardenia», «hortensia», «miosotis», «nicotiana» y «rododendros».

Hasta Enero se plantan los bulbos de las siguientes especies, que se arrancan en primavera, después de la floración: «esporasis», «junquillos», «narciso», «tulipanes», «azafrán de flor», «gladiolos», «malva olorosa» y «vara de San José».

Por último, como plantas de reproducción por semilla o tubérculo, en asiento definitivo hasta Diciembre, se citan las «anémonas», «corona imperial», y «marimónas».

LECCIONES DE COSAS

Para limpiar los zapatos de raso blanco, se meten en las hormas o se rellenan de trapos, y se frota con un trozo de franela impregnado en alcohol metílico, hasta que queden bien. Luego se secan con un paño suave y limpio.

**

Para que de las huellas que dejan los vasos húmedos en las mesas pulimentadas no quede

ningún rastro, se frota éstas con vaselina. Después de algunas horas se limpian con un paño suave y se pulimentan como de costumbre.

Las manchas de sudor se quitan de las prendas blancas frotándolas con zumo de limón. Transcurrida una hora se lavan como de costumbre.

PENSAMIENTOS

Hacer del Dolor una ciencia, es mejor que hacer de él una experiencia.

Aislarnos entre la masa del vulgo que nos rodea es un alarde de rebeldía; pero, ¿no es indistinguible pensar ante la incongruencia de esas ideas serres abúlicos que quieren arrollarnos con sus estudiadas reglas del «Saber vivir»?

Nacer, es el único acto de nuestra vida que cometemos sin fundamento.

El amor a una sien orlada de niveos cabellos no es amor; es un culto o... un negocio.

La belleza de la noche consiste en el velo que la cubre, lo más hermoso en la mujer es el pudor en que se oculta.

El amor ocasiona muchas lágrimas pero también proporciona muchas alegrías.

DE MI HUERTA

Las penas, guárdalas, porque nadie te las comprenderá; las risas... guárdalas también porque todos te las envidiarán y la envidia es más temible que lo peor.

—Al más bueno los hombres le vuelven malo y luego, le castigan.

—Si sufres, no busques un confidente en el dichoso.

—Deberíamos nacer viejos y morir niños; entonces, la vida sería un sueño que escaparía del cemento.

—La meditación es tanto o más preciosa que la lectura. Leer sin meditar es comer sin digerir.

—El que es desgraciado y bueno, es santo. El que es afortunado y malo, es más que ruin.

—El que nunca lloró no sabrá nunca el valor de una risa.

—No os riáis de la ignorancia... ¡instruidlos!

HADA AZUL

ECONOMIA DEL HOGAR

PROVECHE sus prendas usadas: la ropa nunca es vieja por estropearse el tejido, sino porque su color es feo, desteñido o pasado de moda.

Tintelos cómodamente en su casa, vestirá bien, ahorrará dinero y encontrará verdadero placer usando los tintes domésticos de la acreditada marca

«HOME DYE»

De venta en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe 17, Mahón.

Imp. de Manuel Sintes Rotger. Plaza del Príncipe 17.

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

POR RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(79)

Gonzalo, mientras decía frívolamente a la señorita provinciana, miraba a hurtadillas a la de Mur y la veía parpadear nerviosa, contestar con esfuerzo a las preguntas de su amiguita Carolina Estrada, cubrirse el semblante de una doliente tristeza que trastornaba al joven... Y sin embargo, era preciso dar apariencias de frialdad a su efecto; era necesario apurar todos los medios hasta conseguir que la duquesa de Mur desviase su amor de un hombre obscuro, para intentar inclinarse luego hacia una unión a la altura de su rango. Este, al menos, creía Gonzalo que era su deber como tutor y como amigo.

Tenía que dar estrechas cuentas a la sociedad en que vivía su pupila, y él no quería que nadie le acusara de haberse aprovechado del cariño de

una niña para elevarse a un nivel que no le correspondía, por medio de un casamiento ventajoso. Todo esto se decía él al mirarla mientras, inconsciente, murmuraba tonterías al oído de Inés de Vargas... Pero cuando todos se iban y en el salón sólo quedaban los periódicos, el tutor se acercaba a su preciosa pupila, que aún continuaba sentada en el mismo diván donde toda la velada discurrió en amor y compañía de la linda amiguita... María Victoria, con las manos cruzadas tristemente sobre sus rodillas y los ojos perdidos en inútil examen de los dibujos de la alfombra, era la encarnación perfecta del desaliento.

Llegaba él; la llamaba por su nombre y su voz tenía tan tierno tremolar de dulcedumbre que la joven, estremecida, levantaba los ojos cargados de reproches hasta hundirlos en el abismo de los ojos negros... Era en vano que entonces pretendieran hablar otro lenguaje que el sincero y consolador de su cariño.

Gonzalo decía unas frases triviales para desmentir el ardor de sus pupilas; ella sonreía para encubrir el rayo

de dicha que animaba su faz... todo quedaba olvidado entonces. Sólo recordaban los dos que, a despecho de todos, su amor estaba incólume.

En esta lucha tonta de la delicadeza de Gonzalo Estrada contra la pasión que cada vez se alzaba más avasalladora, trascurrió la primavera sin que los días se le antojasen largos a la muchacha madrileña. En junio, época en que de costumbre se trasladaba la familia de Mur al Almirante y don Crispinito rendía sus cuentas, el tutor escribió al viejo mayordomo, invitándole a ir a Valdetorras, toda vez que la señorita de Mur no quería salir aún por aquel verano.

Llegó el anciano una tarde de romería, de fiesta mocril clásica en todos los pueblos de la rica vega. Le acompañaron al llano donde las palmeras ponían en el fondo así como un festón oriental, y las palmeras ribeteaban los inmensos bancales de cañales y hortalizas... Entre el bullicio de la fiesta, frente a la ermita de San Juan, el administrador columbró a Gonzalo de palleque con una señorita... El viejo frunció el ceño... Había adivinado; y él, desengañado también

de la vida, no deseaba sino la dicha de María Victoria, como la deseó el duque de Mur. La joven paseaba del brazo de su amiguita por la hermosa explanada cercada de eucaliptos y en su paseo las acompañaban un arrogante mozo, en quien adivinó don Crispinito a Ricardo Estrada y un caballero, que le dijeron ser el Juez de instrucción.

Aquella misma noche, de todos en uno de los balcones corridos de las habitaciones de María Victoria, el anciano mayordomo promovió una explicación.

—Te veo triste, nena. Alzó los ojos la muchacha, un poco extrañada, y protestó.

—No, don Crispinito. Si no me encontrase aquí muy feliz... todo lo feliz que yo puedo ser desde que no tengo padre... puedes comprender que ya me hubiese ido.

—Harías muy mal en quedarte si sufrieras.

—No digas eso; todos son muy buenos para mí. A la señora viuda de Estrada no puedo agradecerle bastante su devoción. Ricardo es como un her-

mano para mí. Tengo amistades sinceras, como no las tuve nunca. Y él...

Detúvose perpleja. No sabía qué decir.

—El... ¿qué?

—Es también muy bueno y cariñoso para mí. Pero... no me quiere como le quiero yo—terminó encendida y confusa.

A su altivez, repugnaban todas aquellas explicaciones, pero tenía necesidad de confidencias y de consuelo.

—Lo que a tí te pasa es una desgracia—dijo con rabia el administrador. ¿Te crees tú, que yo no estaba al cabo de la calle? Sí, señor, es una desgracia. Tú te hubieras podido casar con un príncipe y, sin embargo, te has venido a enamorar de Juan Lamas. Pero... ¿sabes lo que te digo, nena?

—¿El qué, don Crispinito?

—Que aunque haga lo que haga por disimularlo, también él bebe los vientos por tí. Lo que pasa es que el señor tutor parece aquel don Quijote mala venturado, todo lleno de hidalgas exageradas y de delicadezas estúpidas...